

PAR KRISTINE VANDEN BERGHE

En *El ejército iluminado* (2006), la quinta novela del escritor mexicano David Toscana (1961), cuenta la historia de Ignacio Matus, un profesor de historia que es despedido de su instituto por ser demasiado abiertamente proselitista ante sus alumnos. Frustrado por la pérdida de Texas y decidido a resistir contra la mentalidad conformista dominante en 1968, quiere recuperar El Álamo. Forma un ejército con cinco niños mentalmente retrasados que viajan con él al norte, instalados en una vieja carreta. Cuando divisan una casona abandonada piensan haber llegado a su destino, 'toman' la fortaleza y comienzan a disparar sobre un par de trabajadores mexicanos que descansan en el lugar. Éstos piden ayuda al ejército mexicano que hiere a uno de los muchachos, muerto luego en una operación realizada por un médico incapaz. Asimismo captura a los otros que vuelven tristes a su vida normal. En lo que sigue veremos que la novela juega con los estereotipos e incluye dos evaluaciones sobre la resistencia en las sociedades actuales.

En su proyecto de matar al enemigo, a los iluminados les guía la firme voluntad de respetar las reglas del juego bélico, avanzando así la guerra por medio de acciones elegidas por su carácter temático-narrativo estereotipado. Quieren imitar los mínimos gestos de la vida militar porque consideran que es su deber: Azucena "alza la voz para preguntar si hay un doctor entre los presentes. Tal como lo espera, no escucha sino silencio, pero está satisfecha de haber cumplido con su deber" (177). La repetición en su discurso del sintagma "yo he visto que" demuestra que sacan estas normas sobre todo de representaciones visuales: "Podemos silbar, dice el Milagro, yo sé que los ejércitos silban cuando marchan. Ubaldo niega con la cabeza. No te engañes, yo también lo he visto, pero es sólo cuando están en su cuartel; si silban en medio de la selva les corta el cuello un oriental" (125). Para que su juego a la guerra sea correcto, estiman también que se deben adecuar a las maneras más comunes de expresarse. De ahí que su lengua

esté hecha de fórmulas cristalizadas en el plano del estilo, la sintaxis y el léxico: "Una fortaleza inexpugnable, dice Comodoro porque desde hace tiempo quería usar esa palabra" (149). Las reglas de la guerra, por lo tanto, también son reglas discursivas.

La acumulación irónica de los estereotipos demuestra el desquicio de los personajes. Asimismo, apoya la idea de que su resistencia al poder es una cosa de locos. Si en una época se ofrecía la vida por los ideales, en 1968 esto ya es cosa de trastornados. A su manera, los

Resistencia quijotesca en *El ejército iluminado*

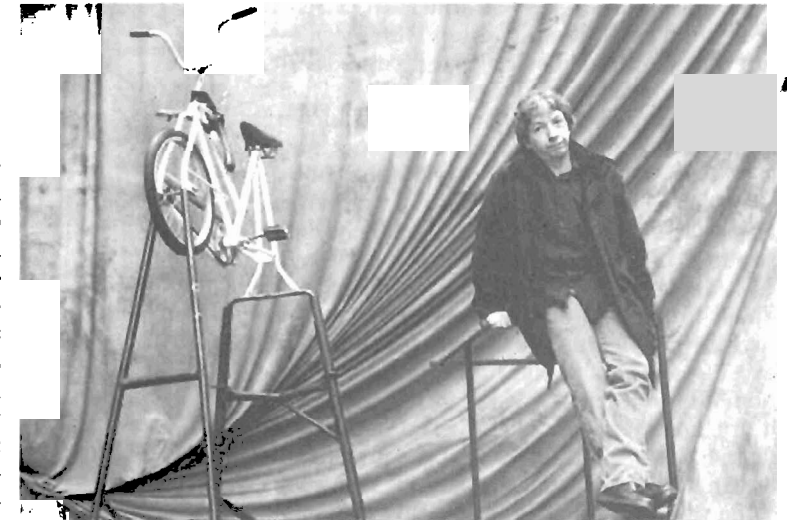
guños que la novela hace a Don Quijote refuerzan este diagnóstico. Matus, que quiere restablecer una edad de oro para México, tiene las piernas « delgadas, lentas y secas » (223), como el caballero de la Mancha. En el nombre del niño iluminado Comodoro, generalmente acompañado del epíteto 'gordo', resuena el de Sancho Panza, por la común sugerencia onomástica de su gordura, evocada en Comodoro por la repetición de la 'o' y por la alusión al verbo comer. La lentitud de la mula (103), las referencias a la caballería (119, 154), el hecho de que a Matus, los soldados lo regresen enjaulado (192), son sendos elementos en los que se escuchan ecos de la novela de Cervantes.

Sin embargo, la novela también rezuma simpatía por este acto loco de resistencia. En 2005 el narrador hace una investigación en torno a la figura de Matus. Para llevarla a cabo va al lugar donde el profesor vivía:

"En el 467 de la calle Degollado hay un consultorio médico. Su fachada fue renovada de tal modo que es imposible reconocer en él la

vieja casa donde vivieron Ignacio Matus y el gordo Comodoro. Ahora está pintada de azul y blanco, y un letrado luminoso declara que se curan males respiratorios. En la sala, donde tantos lances se relataron, donde hubo humo de cigarro, partidas de dominó, cerveza y carcajadas y silencio, hoy se encuentra una mujer que pregunta ¿en qué puedo servirle? a quienquiera que entre. Hasta antes de la remodelación podía verse en el patio frontal un monumento erigido por los amigos de Matus. Se trataba de un montículo de hor-

Al *homo ludens* lo desplazó el *homo faber*. El hecho de que se haya construido un consultorio médico sobre la antigua sala de dominó permite pensar que la sociedad está enferma y el que se curen males respiratorios no sólo señala la contaminación del aire sino también la contaminación simbólica de la sociedad por la mentalidad de resignación. El único juicio de valor explícito del narrador no deja dudas sobre cómo la novela ve la sociedad actual. He aquí el retrato del Archavaleta, el muchacho responsable del despido de Matus, al que el narrador fue a entrevistar: "A pesar de haber envejecido prematuramente, el gerente de operaciones conserva un gran parecido con la foto del niño del anuario. E igual que en aquel entonces, dan ganas de partirle el hocico" (145). El año 1968, a menudo cele-



migón, tal vez emulando el cerro de la Silla, en cuya cresta se acopló una placa metálica con la leyenda: *Ejército iluminado, 1968*. Para hacerle sitio a tres cajones de estacionamiento, dos hombres aporrearon el montículo con pico y mazo hasta reducirlo a escombros. Nadie se interesó por conservar la placa, y sin duda fue fundida en un lote de chatarra" (2007: 9, subr.mío).

La negrita se refiere a 1968: habla de juego, amistad, risa y el ejército iluminado. Contrasta con los elementos en itálica: la palabra luminoso hace eco a iluminado, el anonimato de 'quienquiera que entre' contrasta con los amigos de Matus, los cajones de estacionamiento y el consultorio médico han desplazado a la sala de las partidas de dominó.

brado como el de la resistencia en nuestras sociedades occidentales, en la novela de Toscana significa la pérdida de los valores lúdico-civilizadores y el fin de la oposición a la hegemonía.

David Toscana, *El ejército iluminado*. Barcelona: Tusquets, 2006.